

# León Cortés, mejores días

(EDITORIAL DE "LA PRENSA LIBRE",  
14 DE MARZO DE 1946)

El ex-Presidente don León Cortés ha muerto.

El fallecimiento de este ilustre ciudadano ha sembrado la mayor consternación en el país y ha estrujado todos los corazones.

La figura política de don León Cortés encarnaba la inconformidad pública y constituía la esperanza anhelosa de días mejores.

Por eso, su inesperada desaparición reviste todos los caracteres de una tragedia nacional y ha llevado el luto y el más intenso dolor a todos los ámbitos de la República.

La vida política del ilustre desaparecido fue una trayectoria de austeridad y de probidad inalterables; por eso el pueblo costarricense cifraba en él la restauración o la conservación de las virtudes cívicas, que constituyen el anhelo de los buenos ciudadanos.

Desde humilde servidor de la enseñanza hasta Primer Magistrado de la Nación, los ascensos del señor Cortés se debieron exclusivamente a sus excelsos méritos intrínsecos, puestos en evidencia en el desempeño de las funciones públicas que le fueron encomendadas. No influyó la simpatía o el favoritismo en los progresos merecidos que señaló su escalafón; porque la sobriedad de su carácter, de temple de acero, hacía de él un hombre inaccesible a los halagos e incapaz de recurrir a ellos para obtener lo que sus propias capacidades habrían de conquistarle.

La preparación y la pristina honradez que exhibió en cada una de las posiciones públicas, lo señalaron para superiores menesteres. Fue así como a un Ministerio de Fomento servido con singular brillantez, siguió la Presidencia de la República, a la que fue llevado por la gran mayoría de los costarricenses.

Su administración presidencial de 1936 a 1940, lo consagró como uno de los más progresistas y probos mandatarios, descendiendo del solio presidencial con el aprecio y la admiración de todos los ciudadanos, aún de quienes habían sido sus adversarios políticos.

El esplendor de su presidencia, que se caracterizó por el orden y la honradez en el manejo de los fondos públicos, hizo que el país, en

una proporción cercana a la unanimidad, lo designara para un nuevo período presidencial, que hubiera ejercido, con saludable efecto para el destino de la Patria, si la decisión del pueblo hubiera sido acatada.

Contrariado el sentir popular, don León Cortés siguió personificando la oposición latente y el espíritu inconforme de los costarricenses y en su patriótica actuación futura, como jefe de un partido indiscutiblemente mayoritario, cifraba el país la suerte de la República.

Pero el destino había decretado muy otra cosa. Ayer, en las horas de la mañana, el exhalar el insigne ciudadano su último suspiro, se derrumbó todo cuanto descansaba sobre la robustez de su excelsa personalidad.

Fecha de dolor en los anales patrios, ésta en que desapareció uno de los más ilustres costarricenses y en que se hicieron polvo las esperanzas nacionales, que se basaban en la vida fructífera, en la acrisolada honradez y en el temple de carácter del ex-Presidente Cortés.

Los costarricenses hemos hecho tradicionalmente alarde, justificando muchas veces, de la buena estrella que parecía guiar los destinos de Costa Rica. Hemos de llorar el oscurecimiento de esa estrella, manifiesto en los sucesos de los últimos años de la historia patria y evidente hoy con la muerte del ex-Presidente Cortés, emblema y esperanza del resurgimiento de la Patria.

Quedará a los optimistas la confianza en la aparición de otro ciudadano que sustituya al insigne desaparecido en el afecto y en el anhelo de los costarricenses. Pero entre tanto, reina la consternación pública y se estruja el corazón de los ciudadanos, que sienten el desgarrón en las entrañas de la Patria y contemplan desolados el fin doloroso de sus más caras esperanzas.

Doblen las campanas; suenen las marchas funerarias; floten los negros crespones; llore el pueblo costarricense, que la Patria está de duelo.